

Francisco López Cámara fue un distinguido profesor universitario y autor de muchos libros sobre el liberalismo mexicano. Ocupó diversos cargos académicos en la UNAM y fue diplomático. Entre los libros que escribió destacan: *¿Qué es el liberalismo?*, *La génesis de la conciencia liberal en México*, *Origen y evolución del liberalismo europeo* y *El desafío de la clase media*. Sus años como profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales son legendarios. Era un maestro excelente y un intelectual avanzado. Por desgracia, murió prematuramente.

Como pocos, Francisco López Cámara analizó el liberalismo mexicano. Sus trabajos son comparables a la obra clásica de Jesús Reyes Heróles *El liberalismo mexicano*. En este número, recordamos a Francisco López Cámara, lo hacemos con un fragmento de su libro *La génesis de la conciencia liberal en México*, precisamente con un capítulo memorable, donde habla de la fe que profesaban los liberales encabezados por Benito Juárez. Tal vez con este texto, se comprenda mejor que muchos de ellos fueron hombres de fe y que simplemente apreciaban con toda nitidez las diferencias que deben existir entre las religiones y el Estado y rechazaban, en consecuencia, las intromisiones políticas de la jerarquía católica, misma discusión que sigue vigente en el México moderno.

El Búho

*Los liberales y la reforma de la iglesia**

Una de las expresiones más vigorosas de la naciente conciencia liberal es su orientación anticlerical. Ya vimos cómo, desde los días turbulentos de la insurrección, la postura oficial asumida por la jerarquía eclesiástica dio lugar a que se desarrollase, entre los insurgentes, una fuerte reacción anticlerical. La crítica de la Colonia y el coloniaje se convirtió muy pronto en crítica del clero, en el cual comenzó a verse el representante por excelencia de un orden de cosas contrario a la libertad del pueblo. Esa actitud de los insurgentes ha pasado a ser un factor básico de la nueva conciencia. No han tenido que realizar grandes esfuerzos los liberales para percatarse de que la estructura orgánica de la Iglesia y el monopolio espiritual (y material), que hasta entonces había venido usufructuando ésta, representan uno de los obstáculos más serios que se oponen a la transformación social y política de la Colonia. Y también aquí –con más sentido y más conciencia, por supuesto–

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

FRANCISCO LÓPEZ CÁMARA

la crítica al pasado despótico se ha identificado con la crítica anticlerical. Sólo que ahora esta crítica se plantea ya como parte de un programa político en germen.

Al igual que entre los insurgentes, la primera manifestación que se observa de esta actitud anticlerical de los primeros liberales, es la crítica, abierta o sólo murmurante, de las corrupciones eclesiásticas. Trastornados por los vicios y las tentaciones mundanas, metidos en actividades políticas y facciosas, al margen totalmente de las “verdaderas” funciones de su ministerio, muchos sacerdotes no responden ya, según los liberales, a la investidura que les ha otorgado la religión que dicen representar. Pero, además, ese hecho, que en todo caso estaría justificado si fuera únicamente el efecto de una degeneración personal, es absolutamente injustificado desde el momento en que se debe en buena parte a la organización misma de la Iglesia, la cual no tiene ya escrúpulos ni precauciones en la selección de sus miembros. “Hemos visto –dice un liberal– condecorados con la toga estudiantes sin carrera y sin erudición, elevados a las mitras y canonjías. Eclesiásticos poseídos de avaricia, y dominados por un espíritu de partido muy ajeno de su dignidad y ministerio”.



Janet

Ante esa situación tan patente y tan escandalosa, prosiguen nuestros liberales, no queda sino un remedio definitivo: la introducción de una reforma en el seno de las corporaciones religiosas. Sólo así podrá evitarse que se sigan viendo esos espectáculos y se continúe mistificando la representación sacerdotal.

¿Cómo, pues, vosotros –escribe un conservador a los liberales de la época–, por uno o dos, o diez reglamentos pervertidos inferís vosotros mismos, y publicáis a son de trompeta, que está pervertida su orden? ¿Estáis acaso escandalizados de algún defecto o delito que hayáis descubierto [los frailes]? ¡Escándalo de párvulos! Por este motivo podíais intimar reforma aun a la primitiva Iglesia cristiana, aun al mismo colegio apostólico: porque también allí, por testimonio de los sagrados escritores, se descubrieron no

solamente defectos sino también delitos gravísimos... ¿Reforma, pues, pregunto, reforma queréis aún antes de haberse instituido la primera forma? ¡Oh irracionales reformadores!

La proliferación de las críticas a las órdenes y las exigencias reformistas de los liberales, no han dejado de hacer temblar al propio clero, en esos días de tanta agitación política y religiosa. Por primera vez se han empezado a hacer públicos, de un modo audaz y directo, los turbios manejos que caracterizan al clero. Al margen de las “refutaciones” que hacen de las críticas liberales, los clericales se ven obligados, ante la cada vez más creciente temeridad de sus adversarios, a recomendar la moderación en la conducta de los sacerdotes, con lo cual reconocen implícitamente la verdad y potencia de los reproches liberales.

Yo suplico rendidamente a los prelados de las venerables comunidades religiosas, que venero –escribe uno de ellos–, que por su parte pongan los medios que la prudencia dicta, para no ofrecer materiales contra su santo instituto, a tanto malediciente... La relajación de uno basta a desacreditar a toda una santa comunidad; y de la indiscreta conducta de aquellos, sacan material bastante, los mordaces, para destrozarse todos los derechos de la caridad.

Pero además de las meras admoniciones hechas a los miembros de la Iglesia, el clero y sus corifeos tienen sus propios argumentos para defenderse de los liberales.

Sobre sus impugnadores dejan caer nuevamente los conservadores el chorro del insulto, el anatema y la condenación. ¿Qué son los liberales sino unos enemigos abiertos de la religión? No es de extrañar entonces que todo su odio lo descarguen sobre sus más legítimos representantes y defensores. En el liberal ha prendido el ateísmo y el materialismo; es el filósofo moderno, “sola-

pado” socavador de la fe católica, discípulo del “impío enciclopedismo” que busca el derrocamiento del orden social previa la desintegración de la Iglesia en que aquél descansa. La Iglesia es la representación material de Dios en la tierra; impugnarla, es impugnar el espíritu cristiano que la nutre y caer, por tanto, en el más negro pecado.

¿Y de quién recibe Jesucristo tan grande injuria? –pregunta un conservador-. De poetas, de filósofos, de políticos, de liberales, que se llaman cristianos: ¡Hay de aquél que manifestase la menor duda de que ellos sean fieles cristianos! Pero, señores, si sois fieles, sed también consiguientes, ni vayáis contra vuestra profesión; y si habéis renunciado a Cristo y al cristianismo en vuestro corazón, sed a lo menos fieles por pundonor, y declaraos cual sois. Finalmente, pensad si a unos hombres malos, o cristianos ciertamente no muy buenos, convenga el formar la pretensión de no querer sino regulares perfectísimos.

No tardan los liberales en contestar a sus adversarios en la misma forma, devolviéndoles los mismos anatemas con los que estos tratan de fulminarlos.

Estos perversos sin religión [clérigos corrompidos] –escribe un liberal- son los que al hombre bueno, que penetra los secretos de su corazón corrompido, dan los epítetos de ateísta, materialista, filósofo moderno, y otros sobrenombres tan pomposos como ridículos. Estos son, repito, los verdaderos enemigos de la religión, de la Patria y del Rey, los que no dejarán piedra que no muevan para derribar la ley fundamental del Estado, y siempre atentarán a la libertad de la Patria, y a la seguridad del Rey.

Son los sacerdotes pervertidos quienes en realidad tratan de hacer venir por tierra ese sistema de libertad que ha sido posible gracias a los liberales, para instaurar nuevamente el viejo régimen de oscurantismo,

opresión y fanatismo irracional. Ellos son quienes, arrojados todavía ante el pasado y desenmascarados por los hombres libres, quieren hacer recaer sobre estos su propia actividad subversiva. Nadie tan devoto de su religión como el liberal, tan merecedor del nombre de cristiano, tan fiel al sistema establecido; pero nadie también como él tan adepto y defensor de la templanza, de la honestidad, de la rectitud...

La polémica tiene que hacerse tanto más encarnizada cuanto que las críticas reformistas de los liberales no se reducen a la denuncia de las corrupciones del clero, sino que incluso comienzan a fustigar la estructura jerárquica de la Iglesia. El orden nuevo, piensan, fundado en la libertad, no puede sostenerse ni desarrollarse si no es sobre la base del principio de igualdad entre los hombres. El viejo despotismo se caracterizó justamente por haberse constituido sobre un régimen jerárquico, que se extendía a toda la sociedad. A unos hombres, en virtud de un pretendido rango, se les tenía por encima de otros, a los que se confinaba en situaciones inferiores. Tal sistema tiene que desaparecer, si se quiere suprimir para siempre al despotismo. Por eso la igualdad entre todos los hombres, que es uno de los principios fundamentales de un régimen liberal, habrá de ser norma común de todas las clases, grupos o corporaciones de la sociedad, incluso las religiosas.

En efecto, no hay ejemplo más palpable de la jerarquización en que descansaba el despotismo que la que se observa todavía en la organización interior de la Iglesia católica. Aquí también, contra todo el espíritu cristiano que debe inspirarla, la jerarquía entre los sacerdotes es un residuo anacrónico de aquel oscuro pasado. Unos eclesiásticos se encuentran bajo el yugo de los que han sido colocados más arriba, siguiendo una escala cada vez más ascendente. ¿Se requerirá ser tan miope para no ver en esa férrea jerarquía un peligro permanente para el régimen de la libertad? Es preciso, pues,

la reforma orgánica en el seno de las corporaciones religiosas, de tal manera, que permita la igualdad de condiciones entre los monjes y los eclesiásticos regulares. “Si son religiosos –dice un liberal, refiriéndose a los sacerdotes–, su profesión les estrecha a la igualdad con sus hermanos, y si no es para vivir de este modo, mejor les sería a ellos y a sus comunidades, y a la sociedad, que tomen el portante”

El payo –escribe un conservador– alega caridad, fraternidad, igualdad, contra todo orden justo, recto, y santificado, para que en las religiones monásticas, lo de abajo suba arriba, y lo de arriba caiga al suelo; y lo más salado del payo es: que para ese trastorno, piensa que lo apadrina la sabia Constitución. Y nuestro patán quiere que en las religiones, porque todos son sacerdotes, como allá todos son soldados, todos sean iguales, y de esta ilusoria igualdad, infiere: que es despotismo, que un religioso de mérito y graduación exija algún respeto y subordinación del fraile raso.

Pero, además, prosiguen los liberales, la igualdad que debe imperar en la Iglesia no debe ser sólo jerárquica, sino también económica. No deben acabarse únicamente las subordinaciones autoritarias entre los clérigos; es necesario también que la igualdad entre estos sea absoluta; que no subsistan en unos las prebendas, los privilegios materiales, y en otros la pobreza y la resignación; que ya no sean unos pocos los poseedores de grandes riquezas, mientras otros vivan únicamente de las migajas sobrantes. En una palabra: es preciso que desaparezcan de una vez por todas los tesoros acumulados por la alta jerarquía eclesiástica y vuelvan los ministros a la humildad y a la sencillez de los primeros padres de la Iglesia. Sólo entonces readquirirá ésta su verdadera significación cristiana.

Los que pretenden –dice el conservador citado anteriormente– que las personas eclesiásticas de grado y

dignidad se porten en todo sin el esplendor y bajo la humillación de los primeros obispos y prelados de la Iglesia, ¿por qué estos reformadores no se portan con el espíritu de verdadera caridad, obediencia y buenas costumbres de los primitivos cristianos, y de los primeros cenobitas?

La crítica liberal a la organización interna de la Iglesia se ha empezado a confundir así con la crítica económica. Poco a poco, la idea de la desaparición (desamortización, diríase más tarde) de los bienes y riquezas de la Iglesia se ha introducido en la conciencia de los primeros liberales. ¿Cómo podrá lograrse la verdadera reforma de la Iglesia, si no es aboliendo al mismo tiempo los tesoros acumulados por las corporaciones religiosas?

La Iglesia –sigue diciendo el mismo conservador, en respuesta a las críticas liberales– no condena en las personas religiosas las reservas o peculios. Luego pueden los religiosos muy santamente y con seguridad de sus conciencias tener peculios o reservas... Luego, es un rigorismo contra la sana moral y el espíritu de la Iglesia la absoluta condenación de las reservas o peculios religiosos.

Para algunos liberales más radicales, la riqueza amortizada por la Iglesia sólo pudo haberse fincado sobre el despojo público. Las constantes exacciones hechas al pueblo creyente, so pretexto de la caridad, son justamente la fuente ilegítima de la riqueza eclesiástica.

Luego que llegó a mis manos este impreso –escribe otro conservador refiriéndose a un escrito anónimo–, no pudo menos de asustarme su contenido: en él se ultrajan los sacerdotes del Señor llamándoles ladrones públicos..., ridiculizando las indulgencias, como lo haría el más decidido luterano, y tributando elogios a los impíos Voltaire y Rousseau.

Lo grave de esa corrupción de los ministros de la Iglesia no es nada más el despojo indebido hecho al pueblo y el perjuicio general que ello ocasiona, sino también la mistificación que se realiza con principios fundamentales del cristianismo, como el de la caridad.

Esa malentendida piedad –dice un liberal–, lejos de conformarse con las máximas evangélicas, está en contradicción con el espíritu de la moral cristiana. La caridad que tiene por objeto eludir la justicia no es hija del amor a los hombres, y por consiguiente, no es caridad verdadera. Para que ésta sea conforme a las leyes eternas no debe traspasar los límites de la justicia, que es la base de una república bien ordenada.

Antes que esa falsa caridad en la que la Iglesia pretende justificar su sistema de exacciones, despojos y rapiñas, está la recta Justicia; a ésta debe en todo caso sujetarse aquélla y por ella medir su práctica legítima y realmente cristiana. El liberal ha resuelto reivindicar, de este modo, un principio superior a aquél del que se ha servido la Iglesia para violar su verdadero espíritu. Sobre la torcida caridad, diluida en la casuística clerical y pretendidamente fundada en un orden sobrenatural, debe privar, ante todo y sobre todo, la suprema y eterna ley de la convivencia humana: la Justicia. La verdadera caridad cristiana no es la caridad injusta de la Iglesia, sino la caridad justa del liberalismo.

El clero y la nueva conciencia laica

Al liberal no le ha preocupado solamente la corrupción y el enriquecimiento ilegítimo del clero, sino también el monopolio mental que éste ha venido ejerciendo mediante el control absoluto de la educación y la exégesis oficial de la doctrina, en toda clase de materias, principalmente en la religiosa. El liberal se ha convencido, en efecto, de que es precisamente la Iglesia la que ha dado su mejor apoyo al despotismo al haber tenido al pueblo

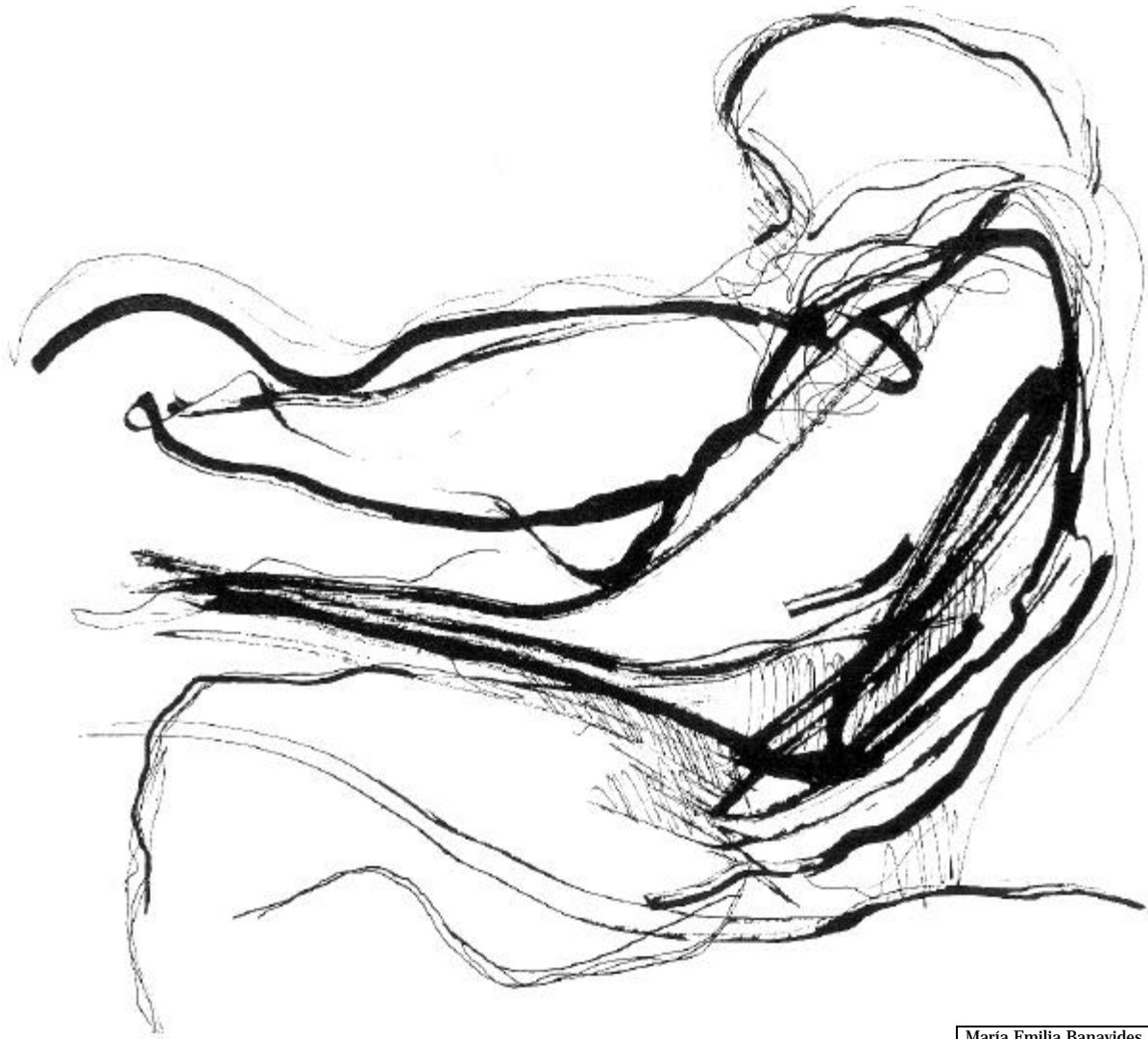
sumergido durante siglos en la ignorancia, en el fanatismo y en las supersticiones.

Como mi objeto es únicamente examinar el estado de la América para emanciparse –dice un liberal–, no me detengo en presentar la causa de este atraso en las luces, y porque fácilmente se encuentra dando una rápida ojeada sobre el sistema antiguo de gobierno, en el que ambos cleros, secular y regular (como también el antievangélico tribunal de la Inquisición interesado siempre en mantener al pueblo en la ignorancia y superstición), han tenido la mayor influencia en nuestra educación.

Es preciso, entonces, si se quiere superar ese atraso, que desaparezca el monopolio mental que detenta la Iglesia.

Esta crítica, considerada desde el terreno puramente ideológico, no es sino una consecuencia del desprestigio en que ha caído el clero a los ojos de los liberales. Ya se vio cómo desde la época insurgente la pérdida del prestigio del clero, debido a su “traición”, ha ocasionado necesariamente la caída de su autoridad espiritual. Los reproches que se le hacen al clero se han traducido muy pronto en una serie de interrogantes acerca de su dominio mental. ¿Seguirá siendo la Iglesia la que dicte las ideas y acapare la enseñanza y la explicación de las doctrinas? Pero, en todo caso, ¿cómo puede fiarse ya de un clero tan corrompido que, según acaba de verse, es capaz de mistificar el mismo espíritu cristiano, con tal de seguir fomentando sus vicios?

¿Quién habrá que suponga depositada la virtud en el pecho del canónigo que predica humildemente caridad, castidad, templanza y celo por la religión, cuando admiramos su codicia en amontonar riquezas y honras mundanas, que la lascivia está pintada en su semblante, que no piensa más que en el regalo de su cuerpo, y pasa sus días en el ocio, en el juego, y en las distracciones?



María Emilia Banavides

Pero, además, piensa el liberal, nada más contrario al nuevo orden social y político que esa exclusivización del pensamiento en poder de la Iglesia. El sistema liberal se sustenta, entre otros, sobre dos principios fundamentales: la libertad y la igualdad de todos los hombres ante la ley. Y libertad significa no sólo libertad para trabajar, para escribir o para tomar parte en la vida pública, sino principalmente libertad para pensar; libertad es libertad de la Razón, sin restricciones o limitaciones de ninguna clase. ¿Puede conciliarse este principio con la existencia de grupos o castas privilegiadas que, al amparo de una pretendida preparación especializada, se atribuyen el monopolio del pensamiento? El liberal, dice un

conservador, “atribuye a una criminosa arrogancia, desfiguradoras marañas del clero, el que se crea es privativo del sacerdocio explicar los arcanos, principios y doctrinas de nuestra religión. “ Si todos los hombres son igualmente libres e igualmente racionales, ¿a cuenta de qué ha de seguirseles negando la posibilidad de que piensen por sí mismos, haciendo uso de su “libre razón”? El monopolio mental que ha ejercido el clero sólo pudo haber servido para asegurar el monopolio político, esto es, el despotismo. A una absoluta negación de las libertades civiles tenía que corresponder necesariamente una negación, también absoluta, de la libertad de pensar. Y así como el poder se resumía en unos

pocos, así el examen, la interpretación, la enseñanza tenían que guardarse para unos cuantos “profesionales” que, constituidos en casta permanente, hacían imposible toda libertad de pensamiento. Por tanto, ese monopolio mental del clero representa la supervivencia de un pasado ya caduco.

El carácter “profesional” del clero, en materia de pensamiento, es justamente uno de los aspectos de la Iglesia que no pueden conciliarse ya con los ideales del liberalismo naciente. Para el liberal, la emancipación del despotismo político tiene que ser también la emancipación del despotismo mental. El liberal no se considera ya susceptible de quedar sujeto al control mental de la Iglesia, antes bien, ve en ese control uno de los mayores peligros para un régimen de libertad. Dentro del sistema liberal, todos deben tener derecho a pensar por su cuenta, sin necesidad de tutores o directores. Y el mejor ejemplo de ello lo dan los propios liberales:

Es una ofensa hecha a la potestad soberana –dice un conservador– el entrometerse, como estos [liberales] lo hacen, a su antojo y arbitrio en las inspecciones pertenecientes a ella. Pues este discernimiento, respecto a las necesidades temporales de la sociedad y de los pueblos, estriba en la sabiduría y potestad de los soberanos. Pero con tanto como esto ¿se dan por satisfechos nuestros filósofos, políticos y liberales? No: esto les parece poco para su sabiduría y grandeza. No contentos con hacer sus representaciones a la Soberanía y a la Iglesia, de propia autoridad se ponen en la cabeza mitra, corona y tiara: juzgan y disponen a su modo del buen orden y felicidad de todos los estados. Y luego a troche y moche se entran al santuario dando tajos y reverses a cualquiera que ofenda los ojos de su sapientísima, filosófica, política y liberal plenipotencia.

La lucha del liberal contra el clero en torno a la libertad de pensamiento, piensa la mentalidad conser-

vadora, es la lucha del profano, del lego, contra el docto; es la lucha del no profesional contra el que sí lo es.

Vosotros mismos queréis hacer de obispos, y de papas, y aun más que de papas; y como si con el carácter filosófico, poético y liberal llevaseis impreso en la frente el privilegio de la infalibilidad, a pies juntos decidís de la suerte de todos los regulares. Reformadores y destruidores, que no saben aún lo que se piensan ni lo que se dicen; tan aéreos y ligeros son sus pensamientos.

La lucha, en realidad, es la lucha de una conciencia laica frente a una mentalidad eclesiástica tradicional. En esas condiciones, la crítica liberal del clero en sus dos vertientes (como organismo corrompido y como casta monopolizadora de pensamiento) se ha traducido poco a poco en la reivindicación de un principio caro al liberalismo militante: el laicismo.

Pero el laicismo que defienden nuestros liberales no significa solamente la neutralización del clero como casta social retrógrada y la emancipación de un pensamiento ajeno al control confesional, sino también la defensa del principio de libre examen. La defensa de este principio es la defensa de la libertad de conciencia para discutir toda clase de cuestiones, incluso las referentes a la dogmática católica.

¿Qué hay que maravillarse en esto? –pregunta el mismo conservador, refiriéndose a las “intromisiones” liberales en las esferas eclesiásticas–. Este tono decisivo se ha hecho entre vosotros un poco demasiado familiar. Algunos [son oráculos que dicen soberanamente sobre todas las cuestiones dogmáticas antiguas y modernas, y tratan aun de sofisterías teológicas muchos dogmas cristianos, y de meros fantasmas aun las herejías solemnemente condenadas por la Iglesia. ¡Infelices, que por una mísera vanidad se hacen infieles, aplaudidos de una tropa de mente-

catos y malignos, y para con todos los buenos y sabios desacreditados!

Y es que en la vida cotidiana los liberales han empezado a rebasar las limitaciones que públicamente –fuesen sinceros o no– se habían impuesto a su conciencia. Pero, además, la libre discusión de los dogmas y las críticas a los ritos eclesiásticos, lejos de ser expresión de una mentalidad puramente antirreligiosa o jacobina –como han pretendido sus adversarios–, es la concreción del triunfo de un principio que, para el liberalismo, es preciso hacer funcionar cuanto antes si se quiere hallar su verdadera significación. Por eso los liberales han puesto en práctica el principio del libre examen en el ámbito mental donde más sentido material puede cobrar: el de la dogmática católica.

Las respuestas de los liberales a las acusaciones que les hacen los conservadores prueban hasta qué grado ha llegado a emanciparse la conciencia liberal de los viejos moldes tradicionales. Se les tacha de “ateos”, de “materialistas”, de “enemigos de la religión y de Dios”, de “renegados de su fe católica”, etcétera.

Dice usted también –le contesta un liberal a un conservador– que creemos ser felices sin la asistencia del cielo, ¿de qué se infiere que creamos esto ni menos que lo diga el amante de la Constitución? ¿Quién niega que Dios es causa universal, y nosotros instrumentos de que se vale para cumplir su divina voluntad?

Se han cansado de decirlo: nadie más católico que el liberal; pero nadie también más enemigo del fanatismo y las supersticiones. El liberal cree en Dios y conoce y respeta su poder y su influencia en el mundo de lo humano; pero no llega hasta el ofuscamiento de creer que todo acto del hombre haya sido ya determinado por Dios; aceptar esto sería igual que admitir la inexistencia de la libertad humana. El hombre hace y es responsable

de su mundo; tiene libertad para actuar y hacerse merecedor de sus aciertos o de sus errores. Contra el fatalismo supersticioso, que hace descansar el curso de la historia en la sucesión de los milagros, opone el liberal la libertad relativa del hombre para construirse con su trabajo y sus esfuerzos su propia historia y su propia felicidad.

Todo el mundo católico –escribe otro liberal– sabe que Dios nuestro Señor es el autor de lo bueno, que preside las batallas, y es dueño de las victorias; sin embargo, su infinita bondad deja obrar a las causas segundas, y no quiere que todo sea milagro: algo más, permite que la gloria y la alabanza de las acciones se atribuyan a sus criaturas, para premiar aun en la tierra sus heroicas virtudes...

El liberal es ciertamente creyente, pero el Dios en el que cree no es aquel Dios despótico de los fanáticos y supersticiosos serviles; su Dios es un Dios que “permite” al hombre una cierta libertad para trabajar por su felicidad o por su desgracia, para que sea acreedor de premios o deudor por sus delitos. El liberal le reconoce a Dios su poder y su autoridad; pero éste, a su vez, le reconoce al hombre su libertad. El liberal acepta el absoluto dominio que tiene Dios en el orden sobrenatural; pero Dios admite, por su parte, el dominio que hasta cierto punto tiene el hombre en el orden natural. Y así se reconcilian perfectamente el mundo del hombre liberal y el reino de Dios, pues, en última instancia, éste es también un Dios “liberal”. Una vez más, nuestros liberales de principios del siglo X demuestran cómo, en el fondo de cada ideología, no sólo el mundo de valores políticos y sociales sino aun el mismo Dios están contruidos a imagen y semejanza de los intereses que mueven al hombre que los ha creado. ■

* Tomado del libro La génesis de la conciencia liberal en México. Francisco López Cámara. El Colegio de México. México, 1954. 324 pp.